

EDITORIAL



Campeño afrodescendiente poblador de Calamar Guaviare

Un proceso de paz con iniciativa ciudadana

*A peace process with citizens' initiative
Um processo de paz com a iniciativa dos cidadãos*

Hay momentos en que las sociedades tienen oportunidades privilegiadas para tomar el destino en sus propias manos. Este parece ser la afortunada ocasión que vive Colombia en que se abre la posibilidad de conseguir una paz ciudadana y abierta a transformaciones profundas en busca de justicia y dignidad.

Colombia ha sufrido una guerra prolongada, en el peor de los sentidos y de las teorías de la insurrección y de la conainsurgencia. Una guerra, sucia como la que más, que se ha enquistado por cinco décadas, asolando principalmente a los campesinos y a los pueblos indígenas y afro-descendientes, aunque todo el territorio ha sido copado por la influencia del conflicto armado.

Durante mucho tiempo las guerrillas y los escuadrones paramilitares se volvieron parte del paisaje y, paulatinamente, las resistencias sociales tomaron la forma de resistencias no violentas a la guerra. Hoy las comunidades de paz, las mingas indígenas de resistencia, el movimiento por la memoria, las organizaciones de derechos humanos, las asociaciones de víctimas, la presión internacional por justicia, reparación y reconciliación, así como otras manifestaciones del rechazo a la guerra y de inicio de procesos de reconstitución social, han ido formando un tejido denso y propositivo.

En ese marco los actores armados del conflicto sostienen conversaciones de paz. Los movimientos sociales de resistencia a la guerra se consolidan y ejercen importante presión para que tales negociaciones, tendientes a poner fin al conflicto armado interno más prolongado de América Latina, tengan buen resultado. Pero saben por experiencia que, independientemente de lo que de allí salga, éste no es el epílogo y que la perspectiva de una Colombia en paz no está a la vuelta de la esquina. Una cosa es el fin de la guerra, con el cese de hostilidades, con el fin de la amenaza armada sobre las poblaciones y otra, es la construcción de una paz civil, arraigada en los territorios. El fin de los combates será una significativa puerta de acceso a procesos de cambio cultural y a un diálogo de todas las fuerzas de la nación para reorientar la economía y profundizar la democracia.

Pero solo la fuerza de la sociedad, desplegada en su propia reconstrucción moral, en el replanteamiento de su proyecto de organización económica y política, en la búsqueda de su propio arte de existir, está en capacidad de producir el salto histórico para proveerse de libertad y dignidad. El fundamento de todo esto será el protagonismo de las comunidades que han sido capaces de sostener la vida en medio de la matanza y la destrucción. Y

¹ Doctor en Paz Conflictos y Democracia, Universidad de Granada. Director de la revista *Polisemia* de la Corporación Universitaria Minuto de Dios —UNIMINUTO

a ellas habrán de sumarse las poblaciones urbanas necesitadas de sosiego y de alternativas a la desigualdad, la pobreza y la precariedad de las instituciones políticas y sociales.

Se requiere con urgencia que el conjunto de la nación aprenda de las territorialidades y las comunidades en resistencia. Ellas se especializaron en acoger la diferencia y de buscar proveerla de unidad en el proceso de producción de lo común. Con ello van abandonando la racionalidad de la valorización mercantil de los procesos vitales para dar paso a la lógica del valor de lo viviente. Las luchas de estas comunidades se sintonizan con el rumbo de la preservación de la biosfera como el principal bien común de la humanidad y de otras formas de vida. La defensa del territorio se va haciendo simultáneamente con la lucha por el agua, contra el envenenamiento del entorno natural y contra la explotación globalizada de la biomasa y de los recursos naturales.

Una nueva nación en paz, que emerja de la conjunción de todos estos procesos, necesita desarrollar conocimientos y capacidad para la gestión de los bienes comunes. Y hay que partir del gran acumulado de experiencias invisibles que han ido desbrozando caminos. Poco a poco la geografía global se ha ido poblando de una constelación de esos pequeños nuevos mundos que, en la búsqueda de opciones para la vida, van rediseñando sus métodos, sus formas de organización, sus instrumentos de resistencia. Silenciosamente se van dotando de sus propios tiempos vitales e intensos. Como es una lucha por la existencia, estas comunidades resistentes se inscriben dentro de procesos que procrean lo nuevo y afirman la integralidad de la vida.

Su capacidad de creación, de la cual depende su propia sobrevivencia, hace de estas comunidades territorios de producción estética. A cada rato hay que asistir a nacimientos gozosos de nuevas prácticas, de nuevas formas de expresión. Es una estética de lo intempestivo, de lo que no se espera, de lo impredecible. La vida comunitaria se aleja de la rutina y de los hábitos consuetudinarios, que mantenían el hilo de las comunidades tradicionales, y se va convirtiendo en los muchos amaneceres

de lo inédito en los territorios existenciales donde moran y se intentan los pequeños-enormes acontecimientos de las resistencias sociales noviolentas.

La Colombia que emerge está arropada con la bandera de la ética de la indignación y la de la búsqueda de la propia verdad, que no es más que su disposición a la irrupción de lo nuevo y la conciencia de la diferencia como elemento constitutivo de su nuevo ser comunitario. No se preparan con la minuciosidad de las conspiraciones, ni cuentan con las certezas de programas y planes predeterminados, sino que surgen y renacen de las confluencias de múltiples relaciones y de potentes subjetividades de transformación. El azar es un factor siempre presente en su devenir, por lo que estas comunidades y estos territorios rebeldes van aprendiendo cotidianamente de su propia contingencia. Para fugarse de la certidumbre de la guerra, esa que define con precisión al enemigo a liquidar, optan por la incertidumbre de una paz imperfecta que ha de estar en permanente construcción.

Todo este entramado está siendo movilizado por poderosas luchas sociales cuyo vórtice es una multiplicidad de experiencias micropolíticas de las mujeres, de campesinos e indígenas, de jóvenes pobladores urbanos, que hacen propicia la emergencia de nuevos territorios, que, a despecho de las concepciones binarias, son al mismo tiempo locales y cargados de cosmopolitismo. Si se mira críticamente hay que admitir que en ellos también se libra una permanente disputa entre la tendencia a su centralización y burocratización, o la posibilidad de abrirse a espacios en red, en donde se experimente el poder de la influencia sutil.

Sus formas de organización tienden a cambiar, sustituyendo las direcciones piramidales y las estructuras jerarquizadas. En adelante va a ser muy difícil que un dirigente puede atribuirse el control del conjunto de la gestión de los asuntos comunales. La micropolítica de los territorios, en donde se incuban las ciudadanías en resistencia, exige el desapego de las técnicas parlamentarias, la integración y subordinación de los momentos de representación a la dinámica del ejercicio directo del poder de la gente; plantea inaugurar la política como

decisión de la comunidad, con el mínimo de mediaciones, es decir requiere de un proceso de “desestatización” de la gestión de los bienes comunes.

En esta Colombia convulsionada en los dolores del parto de una vida nueva, habrá que observar y aprender de estas comunidades que crean su propio porvenir y en donde resistir, de forma no violenta, es una alternativa que se pone en juego porque se quiere conmover hondamente las bases de esa sociedad en transición. Para ello habrá que enlazar la fuerza espiritual que proviene de la comunión de intereses y esperanzas con la lealtad a una lectura no violenta de la condiciones de la lucha, asignándole al amor un papel definitivo en la gestión de las

relaciones sociales; si se caminara sostenidamente en esas dirección se podrá producir una relectura de los vínculos entre las nociones de poder es emergentes y las de la paz en construcción.

Entonces se abrirán posibilidades de concebir la paz no como un concepto ligado estrictamente a las necesidades y maniobras estratégicas del poder soberano, sino de constituirlo como un campo con fuerza propia, ligado a la emergencia de nuevas subjetividades, a la insurgencia de sujetos dinámicos en busca de su propia dignidad, emancipados gracias a sus prácticas de afirmación de la vida y constructores de otro tipo de relaciones que prefiguren mundos otros, maneras renovadas de ser en sociedad.